

Gabriel Flores

Salir del euro o el bálsamo de Fierabrás

CAPÍTULO X

[...]

— *Todo eso fuera bien escusado —respondió don Quijote— si a mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.*

— *¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? —dijo Sancho Panza.*

— *Es un bálsamo —respondió don Quijote— de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y ansí, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajallo igualmente y al justo. Luego me darás a beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana.*

El futuro de la Unión Europea (UE) y el euro está en duda. Y hay muchas razones para ello. Vivimos tiempos especialmente difíciles para la unidad europea.

La elección de Trump como presidente de EEUU corona la fuerte contestación política a la globalización comercial acumulada en los últimos años. Desde la Casa Blanca, el ánimo de fortalecer la hegemonía estadounidense en el mundo se concreta en críticas y amenazas más o menos veladas a China y la UE, mientras se rearma al país, literalmente, no solo abonando el terreno de las ideas conservadoras y militaristas, y se dan los primeros pasos para instaurar un neoproteccionismo que pretende (con posibilidades más que dudosas) recuperar empleos, tejido empresarial y privilegios.

En el seno de la UE múltiples expresiones de una extrema derecha en alza reivindican la recuperación de las soberanías nacionales para fortalecer fronteras y levantar muros que frenen a inmigrantes, refugiados e importaciones, a los que señala como los principales enemigos de sus respectivas identidades nacionales y responsables de la deslocalización de empresas y empleos en los países emergentes. La UE acaba de comenzar formalmente el proceso de separación del Reino Unido, uno de sus miembros más relevantes. Y la extrema derecha se muestra especialmente eficaz en la tarea de reconvertir políticamente el malestar de una parte significativa de la ciudadanía y proyectarlo contra el euro y la unidad europea. Así, en cada confrontación electoral, partidos xenófobos y antieuropeístas de derechas y extrema derecha aumentan sus votos y se hacen más influyentes en la definición de las políticas que aplicarán gobiernos nacionales y autoridades comunitarias. El último Eurobarómetro de otoño de 2016 (publicado el pasado mes de diciembre) permite hacerse una idea de la pérdida de confianza de la ciudadanía en las instituciones comunes, que cae hasta el 36%, desde el 42% en 2014 o el 53% en 2000.

Y si en el terreno sociopolítico la situación es muy preocupante, en el ámbito institucional los problemas no son menores, porque la fragmentación que sufre una eurozona cada día más heterogénea es, a medio plazo, difícilmente compatible con la existencia de una moneda común y de un mercado único.

Aunque los indicadores cíclicos que señalan el estado de la economía europea sean favorables en este primer trimestre de 2017, a nadie se le escapa que los aumentos de la inflación y el precio del petróleo reducirán el bajo crecimiento alcanzado en 2015-2016. Y esa mengua del crecimiento acabará impactando en la ciudadanía en forma de desánimo, especialmente en aquellos sectores, varios millones de personas en España y decenas de millones en la UE, para los que la superación de la segunda recesión de la eurozona a partir de 2013 no ha significado nada, porque siguen desempleados, en riesgo de exclusión o expatriados. En otros casos, la recuperación económica apenas ha supuesto la oportunidad de pasar de ser personas desempleadas pobres a obtener empleos precarios que no permiten salir de la pobreza.

La realidad sigue siendo que la eurozona no funciona y que las promesas de unión, cohesión y prosperidad que justificaron su creación no se han cumplido. Las normas e instituciones de la eurozona generan divergencias, división, insolidaridad y estancamiento económico o, en el mejor de los casos, un bajo crecimiento de las rentas que acaban siendo apropiadas por una minoría social satisfecha, mientras se multiplican las injusticias y los niveles desigualdad. La combinación de un entramado institucional incompleto, incoherente y defectuoso con unas equivocadas e ineficaces políticas de austeridad y ajustes asimétricos está siendo letal para el proyecto de unidad europea.

Los graves problemas de la UE y sus consecuencias sociopolíticas

La simple enumeración de los problemas a resolver muestra la importancia del desafío que afronta el proceso de unidad europea iniciado hace 60 años.

Los excedentes de ahorro de los países con superávit en sus balanzas corrientes (Alemania y Holanda, fundamentalmente) no se prestan a los países del sur de la eurozona, cuya solvencia presupuestaria y bancaria está en entredicho, sino a los países emergentes. En realidad, desde 2010, la UE dejó de ser un mercado financiero único: los capitales y ahorros no fluyen desde los países del centro de la eurozona, en los que abundan hacia los países de la eurozona que los necesitan. Por otro lado, los socios deficitarios han tenido que hacer duros ajustes para equilibrar sus cuentas exteriores y corregir modestamente los desequilibrios de sus cuentas públicas, mientras los países excedentarios no han hecho nada para disminuir sus superávits por cuenta corriente. La unión monetaria y el mercado único favorecen la heterogeneidad de especializaciones y estructuras productivas entre los socios, pero la UE no cuenta con mecanismos capaces de frenar o compensar esas diferencias crecientes. El principio comunitario de cohesión económica, social y territorial se ha desvanecido. Y a los problemas estructurales e institucionales que consolidan un crecimiento débil y una Europa fragmentada se une el auge de unos partidos de extrema derecha que pretenden revertir la marcha de la unidad europea y que sus respectivos países abandonen el euro. Reclaman la recuperación de la soberanía nacional y el reforzamiento de sus fronteras frente a importaciones e inmigrantes.

Desde el estallido de la crisis en 2008 y la imposición a partir de 2010 de la estrategia de austeridad por parte de las instituciones comunitarias, la UE navega sin rumbo, incapaz de afrontar los problemas que tiene. Su deterioro es consecuencia de dos factores íntimamente relacionados: primero, la estrategia de austeridad y devaluación salarial con la que las instituciones europeas han intentado superar la crisis sin conseguirlo; y, segundo, consecuencia del fracaso de las fuerzas progresistas para construir una estrategia alternativa, el avance de la extrema derecha

neoproteccionista y xenófoba que en cada nuevo pulso electoral incrementa sus votos en los países centrales de la eurozona. Lo vimos en Austria, en las elecciones presidenciales del pasado mes de diciembre. Lo vimos, más recientemente, en Holanda. Lo veremos en los próximos días, a finales de abril y primeros de mayo, en Francia, donde el Frente Nacional será probablemente el partido más votado en la primera vuelta de las presidenciales. Es posible, si se convocan nuevas elecciones, que lo comprobemos poco después en Italia. Y tendremos la prueba final en septiembre, en Alemania, donde el nuevo triunfo electoral de Merkel no podrá disimular el avance de la extrema derecha ni, mucho más importante, su influencia en la derechización de los grandes partidos.

Las consecuencias de ese avance de la extrema derecha son evidentes: han pateado los tableros políticos nacionales, que sufren profundas convulsiones, y están contribuyendo a rediseñar los nuevos escenarios y las alianzas que sustituirán a las grandes coaliciones que hasta ahora han gobernado la UE.

Mientras la derecha tradicional conserva en buena parte de los países europeos un espacio electoral relevante, aunque más reducido que antes, que le permite seguir siendo el eje de cualquier coalición de gobierno viable, sus aliados socialdemócratas decaen hasta el punto de ser prescindibles en la tarea de mantener la estrategia política diseñada y aplicada por las grandes coaliciones para afrontar la crisis. Los escenarios políticos nacionales que emergen se caracterizan por una mayor presencia de actores políticos, tanto a derechas como a izquierdas, y por la mayor capacidad de la extrema derecha para marcar el paso de cualquier posible acción de gobierno en aspectos centrales de las políticas nacionales y, tanto o más importante, en el nuevo diseño institucional de la UE y la eurozona que tendrá que emprenderse en otoño, después de las elecciones federales en Alemania.

Las izquierdas europeas, por su parte, mantienen su desunión e ideologizan sus diferencias, profundizándolas. Mientras la socialdemocracia retrocede y sueña con la posibilidad de mantener un resultado electoral que le permita reeditar las grandes coaliciones con la derecha, parte de las fuerzas políticas situadas a su izquierda se atrincheran y remarcan sus diferencias con la socialdemocracia. Parecen complacidas con el logro de un espacio electoral confortable que les autoriza a reafirmar análisis catastrofistas al tiempo que pierden la oportunidad de impulsar hoy los cambios que hacen falta para que las instituciones nacionales y europeas respondan a los intereses de la mayoría social. Aceptan como un designio inexorable su incapacidad para promover acuerdos con otros partidos de izquierdas y progresistas que también podrían estar por la labor de dejar en minoría las injustas políticas de austeridad y revertir las decisiones políticas que deterioraron bienes públicos y derechos laborales y sociales. Quizás esperan que un golpe del destino, una gran movilización o una consigna diferenciadora les permita llegar al poder, al de verdad, para comenzar a cambiar las cosas. Y mientras tanto se muestran bastante distraídas en las posiciones institucionales conseguidas gracias a los votos de la ciudadanía.

Un convulso y muy complejo panorama político en una eurozona dirigida por una derecha neoliberal en alianza con buena parte de la socialdemocracia que no pueden afrontar la actual crisis financiera y económica porque no están dispuestas a utilizar otros instrumentos que no sean la austeridad fiscal, la devaluación salarial y el aumento del empleo precario que han impuesto en los países del sur de la eurozona. Y con esas políticas, las divergencias y la heterogeneidad estructural de la eurozona, tanto en lo que se refiere a sus especializaciones productivas como en los resultados de los ajustes asimétricos y depresivos que siguen vigentes, están aseguradas.

Un inestable y crispado horizonte político que no está mecánicamente vinculado con la intensidad de los problemas económicos y sociales específicos que sufre cada socio. Baste como ilustración el ejemplo de Holanda. Un país que presenta

una situación económica y social saneada, con escasos problemas. Sea cual sea el criterio o indicador que se elija será mejor que el de la media de la eurozona pero también, en la mayoría de los casos, que los de Alemania y, por supuesto, Francia o Italia: nivel de vida (PIB por habitante de 42.000 euros), salario medio (30.000 euros al año), tasa de desempleo (inferior al 6% en el conjunto de la población y del 10% entre los jóvenes), niveles de pobreza y desigualdad muy bajos o relativamente generosa protección social. Nada que ver con la situación de las economías española o los otros países del sur de la eurozona. No obstante, la opinión pública se manifiesta en Holanda contra de la inmigración y la llegada de refugiados, critica la pertenencia de su país a la UE y el euro o considera inaceptable nuevas cesiones de soberanía.

En el otro extremo, uno de los países que ha padecido los peores impactos de la acción combinada de la crisis global y las políticas de austeridad, Portugal muestra una muy interesante experiencia de unidad en la acción política de las izquierdas. La que lleva a cabo el actual Gobierno encabezado por el primer ministro socialista Antonio Costa, con el apoyo parlamentario del Bloque de Izquierdas y el Partido Comunista, que indica la posibilidad de no someterse a los esquemas de recortes presupuestarios y devaluación salarial que dictan las instituciones europeas y, al tiempo y lo más importante, afianzar una cultura solidaria que se concreta en medidas que protegen efectivamente a la mayoría social de los recortes y de la austeridad.

La intensidad de la crisis y de los ajustes realizados no produce automáticamente el auge de la extrema derecha ni genera necesariamente los monstruos de la xenofobia y el nacionalismo insolidario y excluyente. Sin plantearse saltos en el vacío que podrían provocar enormes costes y riesgos, las izquierdas portuguesas están aplicando un programa orientado a ofrecer mayores niveles de protección social a los sectores empobrecidos y en riesgo de exclusión, recuperar derechos y mejorar la vida de la mayoría social. Unas medidas que, de hecho, están sirviendo también para frenar la implantación social de la extrema derecha y la extensión del ideario xenófobo e insolidario que defiende.

Salir del euro, lejos de ser la solución, genera nuevos problemas

Además de la extrema derecha, que en este punto lleva la voz cantante, una parte minoritaria de la izquierda también defiende la salida del euro y la UE como solución a los múltiples problemas que padecen buena parte de los Estados miembros y una parte significativa de la ciudadanía europea. Como un bálsamo de Fierabrás capaz de solucionar el actual mal estado de cosas, la salida del euro se ofrece como la solución. Rápida, radical y sin contraindicaciones dignas de reseñar.

En muchas ocasiones, la propuesta de salir del euro se sustenta en una simple evocación de los desastres provocados por las incoherencias y debilidades institucionales de la eurozona y los duros ajustes impuestos a los socios periféricos o, de forma complementaria, en la enumeración de los problemas que ocasiona pertenecer a la eurozona en una situación de hegemonía de la derecha y sus políticas de austeridad. Como si dicha hegemonía fuera una cadena perpetua y no un territorio en disputa. Como si el mero hecho de abandonar el malestar y el desorden garantizase alcanzar una mejor o más equilibrada posición.

Según estas fuerzas soberanistas de izquierdas, la salida del euro sería el eje vertebrador de un cambio favorable a la mayoría social. En su opinión, las únicas soluciones que pueden contemplar los países de la eurozona con mayor nivel de endeudamiento son el abandono del euro y la imposición de una reconversión de la deuda en una nueva moneda nacional devaluada que promovería la sustitución de importaciones y la mejora de los saldos comerciales. Así de simple. Como si el único o más importante problema a considerar fuese el de la deuda.

Cuando se abusa de las afirmaciones categóricas se deja poco espacio para el matiz, los datos contrastados o un razonamiento coherente y sosegado que incluya el reconocimiento de interrogantes y zonas oscuras que no admiten contestaciones inequívocas o, sencillamente, no tienen contestación. Cuando se pone demasiado empeño en propagar las bondades de la ruptura con el euro, no hay huecos para explicitar las inevitables incompatibilidades entre los instrumentos de política económica que se van a utilizar o una más simple constatación de posibles contradicciones entre los objetivos que se persiguen.

La lista de pociones mágicas que se ofrecen en el mercado de las ideas para resolver los problemas de la UE, el euro y la mismísima crisis es, ciertamente, larga. Pero creo que la de la salida del euro es la que ha demostrado mayores posibilidades de desarrollo, ya que se refiere a problemas reales y ofrece una solución aparentemente sencilla a un complejo cúmulo de problemas económicos, técnicos y políticos. La principal dificultad de este tipo de debates es que no parecen importar demasiado la coherencia y el realismo de los argumentos y datos que se aportan ni la viabilidad de las medidas que se pretenden aplicar. Lo decisivo es la fe de oyentes o lectores, sustentada en la indignación que provocan la dureza y la ineficacia de las medidas que han ocasionado la pérdida de bienestar, derechos y bienes públicos y el injusto reparto social de los costes ocasionados. Y en tales condiciones la comunicación deriva con rapidez hacia un diálogo de sordos. Pese a ello, el debate es imprescindible. Tan necesario como la construcción de un clima racional y respetuoso que lo haga posible. Hagamos un nuevo intento.

Intentaré señalar a continuación las dificultades que entraña la salida del euro y la UE, los inconvenientes que sufrirían los países que unilateralmente la llevaran a cabo y la imposibilidad de que ese objetivo de abandonar el euro pueda convertirse en un punto de encuentro del conjunto de fuerzas progresistas y de izquierdas que no comulgan o rechazan abiertamente las políticas de recorte, austeridad y devaluación salarial. Porque salir del euro es un objetivo tan difícil de alcanzar como de que, una vez alcanzado, pueda generar el círculo virtuoso que se supone a una moneda nacional devaluada para promover la sustitución de importaciones y, por esta vía, garantizar un mayor crecimiento y el pleno empleo. Y eso, sin contar con las posibles consecuencias dañinas de esa salida del euro. Especialmente, la paralización y posible desaparición de la UE o, más probablemente, su reconversión en un club restringido de países ricos ajenos a toda propuesta de cohesión y cooperación con la mayoría de sus antiguos socios.

Varios son los puntos que sería necesario tener en cuenta para llegar a cualquier tipo de conclusión sobre las ventajas e inconvenientes que se derivarían del abandono de la eurozona.

En **primer lugar**, examinaré los importantes costes económicos que provocarían una salida unilateral o no negociada del euro para los países del sur fuertemente endeudados. Porque de eso se trata, a esos países dirigen su propuesta los defensores de abandonar el euro.

En **segundo lugar**, plantearé algunas reservas a esa idea que parece de sentido común y que nos señala que una moneda nacional devaluada, vinculada a un régimen de cambios flexible, permitiría mejorar de forma automática la balanza comercial y la situación económica de un país.

En **tercer lugar**, mencionaré algunos cambios en la naturaleza de los intercambios comerciales internacionales que exigen un análisis pormenorizado de las ventajas comparativas y del tipo de bienes en los que está especializado cada país para poder afirmar que una devaluación o depreciación de la tasa de cambio puede ser un objetivo deseable o una medida adecuada para impulsar el crecimiento y el empleo.

Y en **cuarto y último lugar**, apuntaré un par de objeciones políticas a tener en cuenta por los partidarios de la salida del euro. Porque para plantear tal alternativa parecería imprescindible considerar cuestiones tan elementales e importantes como el debate de ideas y propuestas que se está produciendo en buena parte de los países de la UE y en el que tan activamente está participando la extrema derecha o las incertidumbres y miedos que provoca en la ciudadanía una salida del euro que conllevaría también el abandono de la UE.

Primero. Los costes de la salida del euro. Los agentes económicos públicos y privados fuertemente endeudados del país que adoptara la decisión de salir de la eurozona tendrían que bregar con un aumento automático de su deuda externa nominada en euros, que aumentaría en la misma proporción que se devaluara la nueva moneda nacional. Al tiempo, se produciría un aumento considerable de las tasas de interés y, por tanto, de los costes financieros que deberían pagar los deudores. Las consecuencias de esos impactos serían el fuerte alza del servicio de la deuda, más dificultades para atender los pagos asociados a la deuda y crisis de solvencia de los agentes públicos y privados más endeudados. Téngase en cuenta, como ejemplo, que la deuda exterior bruta de las administraciones públicas, empresas no bancarias y hogares suma en el caso español nada menos que un 250% del PIB.

Segundo. Las consecuencias de un régimen cambiario flexible. Los problemas del abandono del euro no terminarían en el alza, probablemente inasumible, de la deuda y los costes financieros. Habría que considerar a continuación los previsibles efectos del régimen cambiario flexible que afectaría a la nueva moneda nacional. Desde hace algunos años las tasas de cambio de cualquier divisa están más influidas por los flujos internacionales de capitales que por la situación de la balanza por cuenta corriente. Así, el euro, a pesar de su relevancia internacional y de contar con un relativamente importante excedente exterior, se deprecia frente al dólar desde el año 2012. Tal fenómeno implica que las divisas de los pequeños o medianos países están sometidas a movimientos desestabilizadores de flujos de capital cada vez más grandes como consecuencia de políticas monetarias expansivas que han multiplicado por 6 la base monetaria mundial en los últimos 15 años.

Tercero. Los efectos de la devaluación sobre la balanza comercial. Para afirmar que una devaluación tiene efectos positivos sobre el comercio exterior y el crecimiento habría que realizar un análisis más fino o sofisticado de, al menos, tres indicadores: la elasticidad-precio del comercio exterior, la capacidad de la oferta productiva doméstica para responder al aumento de la demanda y la naturaleza de los bienes importados.

Efectivamente, solo en la medida que las importaciones y exportaciones fueran suficientemente sensibles a las variaciones de los precios se podría lograr que el aumento de las exportaciones, como consecuencia de la devaluación, compense el aumento del precio de las importaciones. Si no fuera así y la elasticidad-precio del comercio exterior fuera débil, la balanza comercial apenas mejoraría o, incluso, podría empeorar. Algo similar podría decirse de la capacidad no utilizada del aparato productivo o de la existencia de fuerza de trabajo no empleada, porque si la oferta productiva doméstica no puede responder con cierta rapidez al aumento de la demanda interna se originaría un aumento en valor de las importaciones que acabaría estrangulando el crecimiento. Por último, habría que examinar la naturaleza de los bienes importados. En la medida que los bienes comprados en el exterior sean materias primas energéticas, bienes de inversión que incorporan elevados niveles tecnológicos o servicios sofisticados a las empresas, la devaluación los encarecería y supondría empobrecimiento tecnológico, mayores desequilibrios de la balanza comercial e inflación importada. Lo mismo ocurre cuando la producción manufacturera doméstica forma parte de largas cadenas de valor (consecuencia de dividir los procesos de producción de los diferentes componentes y piezas del producto en

múltiples localizaciones) que exigen más importaciones para aumentar la producción y las exportaciones. El sector de automoción en España sería el más claro ejemplo de la débil capacidad de sustituir las importaciones por producción doméstica.

En todo caso y una vez mencionadas las anteriores objeciones, hay que reconocer que resulta muy difícil cuantificar el resultado final del doble impacto sobre exportaciones e importaciones de una devaluación, pero también que en ningún caso hay que dar por hecho una relación causal, tan aceptada como errónea, entre devaluación y mejora de la balanza comercial.

Cuarto. La opinión de la mayoría social. Un punto clave que es obligado considerar cuando se trata de proponer algo tan tajante y repleto de riesgos e incertidumbres como la salida del euro y la UE es conocer la opinión de la mayoría social de cada país sobre esa opción, cómo interpreta lo que ofrece y lo que quita llevarla a la práctica, no solo en términos económicos, y cómo percibe las posibilidades de otras opciones, como la de permanecer para tratar de cambiar el rumbo de la UE, reformar las instituciones comunitarias y aplicar políticas que favorezcan y protejan a la ciudadanía. Piénsese, por ejemplo, en el caso extremo de Grecia y en el encarnizamiento con el que las instituciones europeas han tratado al pueblo griego con el único propósito de hacer evidente su voluntad de derrotar una propuesta económica alternativa que pudiera servir de ejemplo a los otros países del sur de la eurozona. Pues bien, en los cinco últimos sondeos de opinión realizados entre el pasado 10 de marzo y el 5 de abril (ver <http://www.electograph.com/2017/03/greece-march-2017-palms-analysis-poll.html>) se señala que el deterioro de los apoyos a Syriza apenas beneficia a las fuerzas situadas a su izquierda que propugnan la salida de la eurozona (sumando los apoyos de los comunistas del KKE y de Unidad Popular, que seguiría fuera del Parlamento al no alcanzar el mínimo 3%, rondarían el 10%); sólo la derecha de Nueva Democracia, que sigue comprometida con la permanencia en la eurozona y las políticas de austeridad, gana apoyos de forma significativa y se sitúa por encima de la mayoría absoluta de escaños. Y algo similar ha sucedido en Holanda, donde el derrumbe de la socialdemocracia (PvdA) no ha supuesto un mayor espacio electoral para el conjunto de la izquierda, sino una ganancia neta para las derechas. Y ocurrirá próximamente en Francia o Alemania, por hablar solo de los países en los que el escaso respaldo electoral de las fuerzas políticas de izquierdas que propugnan la salida del euro será fácil de comprobar a corto plazo.

Síntesis

En resumidas cuentas, convendría reconocer que la salida del euro no es una buena solución ni, menos aún, una opción exenta de problemas y costes. No supone beneficios claros ni implica costes menores a los de la permanencia. Y por eso no es un punto de encuentro de las fuerzas progresistas y de izquierdas que defienden otra Europa ni puede ser un punto de partida para la movilización de la ciudadanía europea contra la actual Europa y las injustas e ineficaces políticas de austeridad que practica.

La desaparición del euro tendría costes notables para todos los países que forman parte de la eurozona. Costes económicos, comerciales y financieros; también, costes políticos asociados al fracaso de un proyecto de unidad tan ambicioso. Por eso es tan difícil que la implosión de la eurozona se produzca, incluso considerando la posibilidad de que su desaparición se haga de forma ordenada y pactada entre los socios o que el avance de la extrema derecha continúe y consiga revertir el proceso de unidad europea. Por ejemplo, si Le Pen consiguiera la presidencia de Francia en la segunda y definitiva vuelta del próximo 7 de mayo. En tal caso, por ahora muy improbable, el desmoronamiento de la UE estaría asegurado y se abriría un nuevo periodo político dominado por la incertidumbre, la inestabilidad y la expansión de la barbarie.

En mi opinión, no hay argumentos bastantes para plantear la salida del euro. Frente a los altos costes y riesgos que conlleva el abandono de la UE sería más adecuado realizar una reflexión ponderada de los cambios que es necesario promover para que la permanencia en la eurozona ofrezca oportunidades de desarrollo y bienestar a todos los socios y a las mayorías sociales. La hegemonía conservadora y las políticas de austeridad no son un dato inmutable de la realidad. Se pueden cambiar.

Hay que apurar las posibilidades de trabajar por un cambio de rumbo político que rompa con las políticas de austeridad impuestas por las instituciones europeas y el bloque de poder que domina esas instituciones. Hay que construir amplias alianzas políticas y sociales que disputen la hegemonía a la derecha y atraigan a la mayoría de las fuerzas progresistas y de izquierdas a la tarea de conseguir un cambio sustentado en la cooperación entre los socios, la defensa de la cohesión económica, social y territorial y la subordinación de la economía a los intereses de la mayoría social. No hay recetas ni pócimas mágicas que ahorren el trabajo duro y de enorme complejidad de hacer posibles las reformas encaminadas a democratizar las instituciones europeas, mejorar las condiciones de vida y trabajo de la gente y volver a encarrilar el proceso de unidad europea sobre los ejes de la cooperación y la cohesión.

La unidad europea sigue siendo el instrumento más adecuado para influir en el imprescindible objetivo de embridar la mundialización económica y sus potenciales efectos negativos, someterla a imperativos democráticos en su funcionamiento y lograr un reparto más equitativo de las ventajas y los costes que conlleva. Pero Europa necesita también, para llegar a ser un instrumento útil capaz de ofrecer certidumbre, bienestar y seguridad a todos los socios de la UE y a la ciudadanía europea, un cambio sustancial de políticas y de rumbo que se concrete en reformas precisas y viables de las instituciones europeas y de la estrategia de salida de la crisis seguida hasta ahora.

El mundo que conocíamos hasta ahora está en profunda mutación, sometido a graves tensiones que han comenzado a poner en cuestión lo mejor del acervo cultural europeo. Levantar una amplia alternativa de unidad progresista que derrote a la extrema derecha y deje en minoría la estrategia de austeridad, devaluación salarial y ajustes asimétricos impuestos hasta ahora debería ser el primer objetivo. Solo así podrá convertirse la UE en el mejor refugio para proteger a los Estados miembros y a la ciudadanía europea de los impactos y sacudidas que provoca un escenario mundial plagado de conflictos y tensiones. Una Europa unida en la defensa de los principios de democracia, cohesión, bienestar social y solidaridad es el mejor contrapeso a los intentos de grandes potencias empeñadas en recuperar, por la fuerza de las amenazas, privilegios y dominios. Y la herramienta imprescindible para impulsar un amplio movimiento democratizador, inclusivo y negociado de la mundialización.